

5/ LEON, NICOLAS

H. V. P. M.
León

UN DATO PARA LA HISTORIA

DE LA HIGIENE PÚBLICA EN LA CIUDAD DE MEXICO



22501284758

UN DATO PARA LA HISTORIA
DE LA
HIGIENE PUBLICA EN LA CIUDAD DE MEXICO
EN TIEMPOS
DEL GOBIERNO COLONIAL

(CONTRIBUCIÓN PARA LA HISTORIA DE LA MEDICINA EN MÉXICO)

POR EL DOCTOR

NICOLAS LEON

de la Academia Nacional de Medicina y Profesor en el Museo Nacional de México.



MEXICO
IMPRENTA DIRIGIDA POR J. AGUILAR VERA
7^a Ribera de San Cosme número 124

1919

WELLCOME
LIBRARY
Pam (H)
LEON/5

Reconstruir la historia patria tan maltratada por propios y extraños, y detallar cosas y casos para juzgar con exacto criterio los acontecimientos, es tarea que debe ocuparnos a todos los nacionales que amamos la verdad.

A unos ciega su admiración por el pasado y a otros ofusca su odio para el mismo.

Ponernos en el justo medio, es escribir en vista de los documentos que aún existen, y apreciarlos con ecuanimidad; esto será mi guía en la presente nota.

Subyugada la ciudad de México por los españoles y mediante el auxilio de los aliados, dudó Cortés si convendría o no reedificar la ciudad destruida o pasarla a otro lugar. Para resolver este punto y ya residiendo en Coyoacán, consultó con sus capitanes ambas cosas y allí se decidió, en consejo, por lo primero. Las razones de conveniencia fueron el influjo del nombre de la ciudad en todo el país y las ventajas que su situación en medio de la laguna proporcionaba para la defensa y fácil conducción de comestibles y efectos. Más adelante, como dice el historiador Alamán, la consolidación del dominio español redujo a la nulidad algunas de estas ventajas, que en las circunstancias del momento se habían considerado tan importantes, y entonces, cuando el remedio era ya muy difícil y costoso, se echó a ver los inconvenientes de esta posición, pues ocupando la ciudad el centro de un valle o cavidad circular, rodeada por una cadena de montañas de cosa de setenta leguas de circunferencia, todas las vertientes se dirigían a la población, sujeta por esto a frecuentes inundaciones que hicieron necesario para precaverla de ellas emprender grandes y costosas obras.

Del antiguo perímetro de la ciudad destrozada en la conquista, aprovecharon los españoles solamente una parte y fué un «cuadrado que abrazaba todo el espacio que limitan al Oriente la calle de la Santísima y las que siguen en su misma dirección; al Sur la de San Gerónimo, al Norte la espalda de Santo Domingo, y al Poniente la calle de Santa Isabel.» A esta porción se le llamó «traza,» por generalización. «En algunas de estas calles que servían de límite a la «traza» (plano,) se formaron acequias, de

las que se conserva la memoria por los nombres de los puentes que sobre ellas setaban contruidos. Otras muchas de las que en la ciudad corrían por diversas calles, quedaron cegadas con los escombros de los edificios que se arruinaron en el sitio, y sólo se dejaron las que eran necesarias para la comodidad del tráfico y conducción de víveres; las calles por donde las acequias pasaban, se llamaron con generalidad «calles del agua.»

Todo lo que excedía de estos linderos se señaló por «barrios» para indios; pero extendiéndose entonces las lagunas casi hasta tocar con la traza por diversos puntos, estos suburbios tuvieron su mayor amplitud hacia el Norte, en Santiago, que era el antiguo «Tlaltelolco,» y al Poniente por San José, que fué la parroquia y cabecera de todos.

La población india distribuyó y edificó, sin orden alguno sus chozas, y así continuaron las cosas hasta el último tercio del siglo XVIII.

Una vista debida a Ramuzio pretende mostrar cómo era la ciudad de México en el siglo XVI.

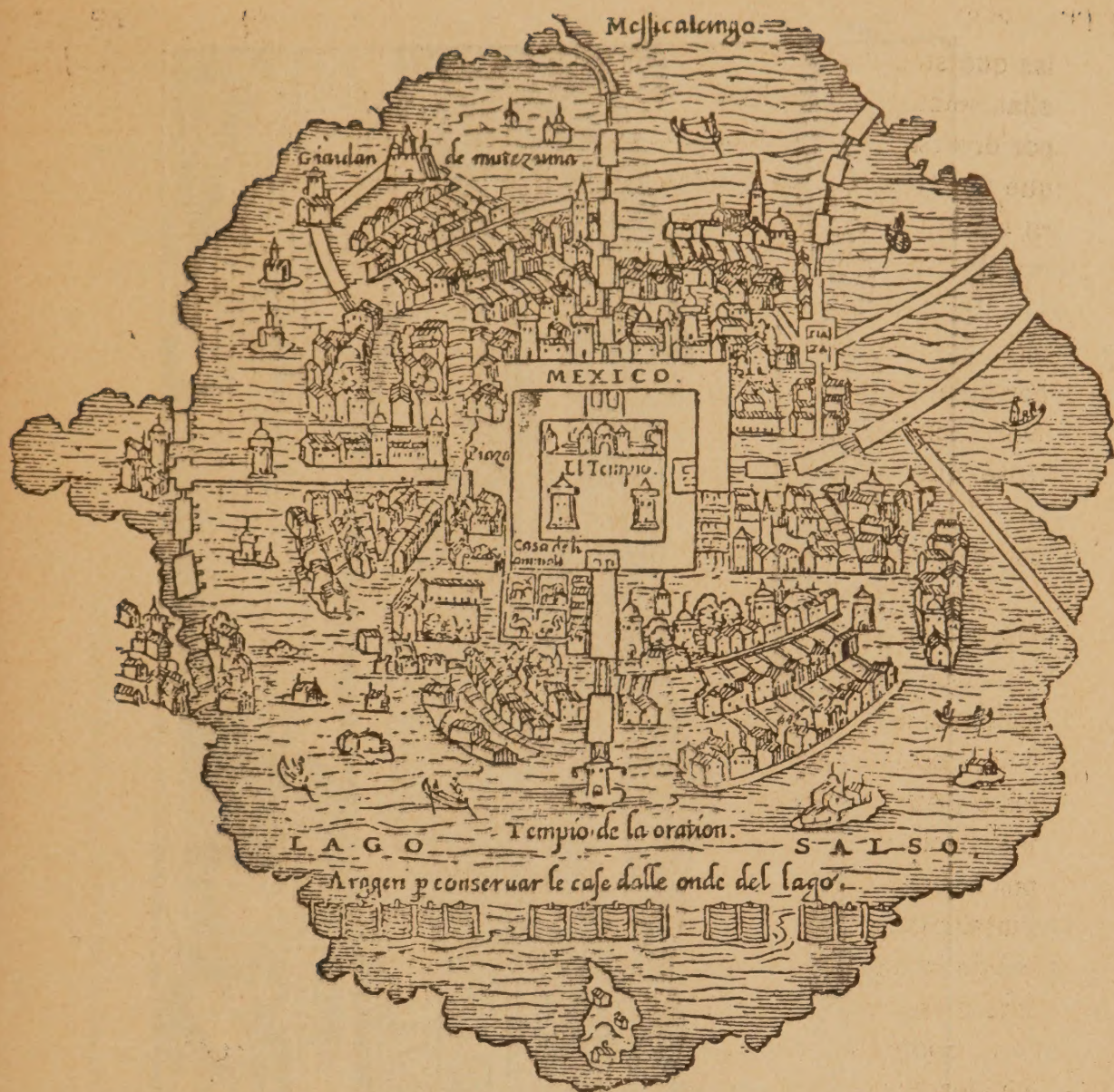
Con respecto a las principales acequias que corrían dentro de la traza sabemos de la que partiendo desde la Viga pasaba por el «Puente de la leña,» costado Sur de Palacio, del Portal de las Flores y Casas Municipales o «Audiencia de los Alcaldes ordinarios,» calle de Tlapaleros y siguientes; hacia el Poniente, callejón de Dolores y dando vuelta hacia el Norte por la calle de Sta. Isabel, seguía hasta Sta. María la Redonda, donde se juntaba con la que corría por detrás de Sto. Domingo, que a su vez recibía las de la línea de la Santísima y todas las demás que corrían por las calles laterales, perdiéndose las aguas en las de los lagos circundantes.

Sobre las grandes y pequeñas Acequias había «puentes,» y los principales eran (hablo de los de dentro de la traza) el «Puente de Palacio,» el «Puente de los pregoneros» (Monterilla), el de «San Francisco,» la «Mariscalá,» «Sto. Domingo,» etc., etc.

«El Portal de las Flores y todos los que se siguen en las calles de Tlapaleros, Refugio y su continuación hasta el callejón de Dolores, por donde corría la acequia, tenían escaleras hasta el nivel del agua de ésta, que servían para descargar por ellas las canoas, y cada portal estaba destinado al desembarque de un ramo diferente, de donde vienen los nombres, que aún duran, aunque hace mucho tiempo se ha acabado ya el destino que tenían, de «Portal de las Flores» y «Portal de la Fruta.» (*Alamán*).

Poco a poco fueron cubriéndose estas acequias y aprovechándose como canales de desagüe de las casas y calles.

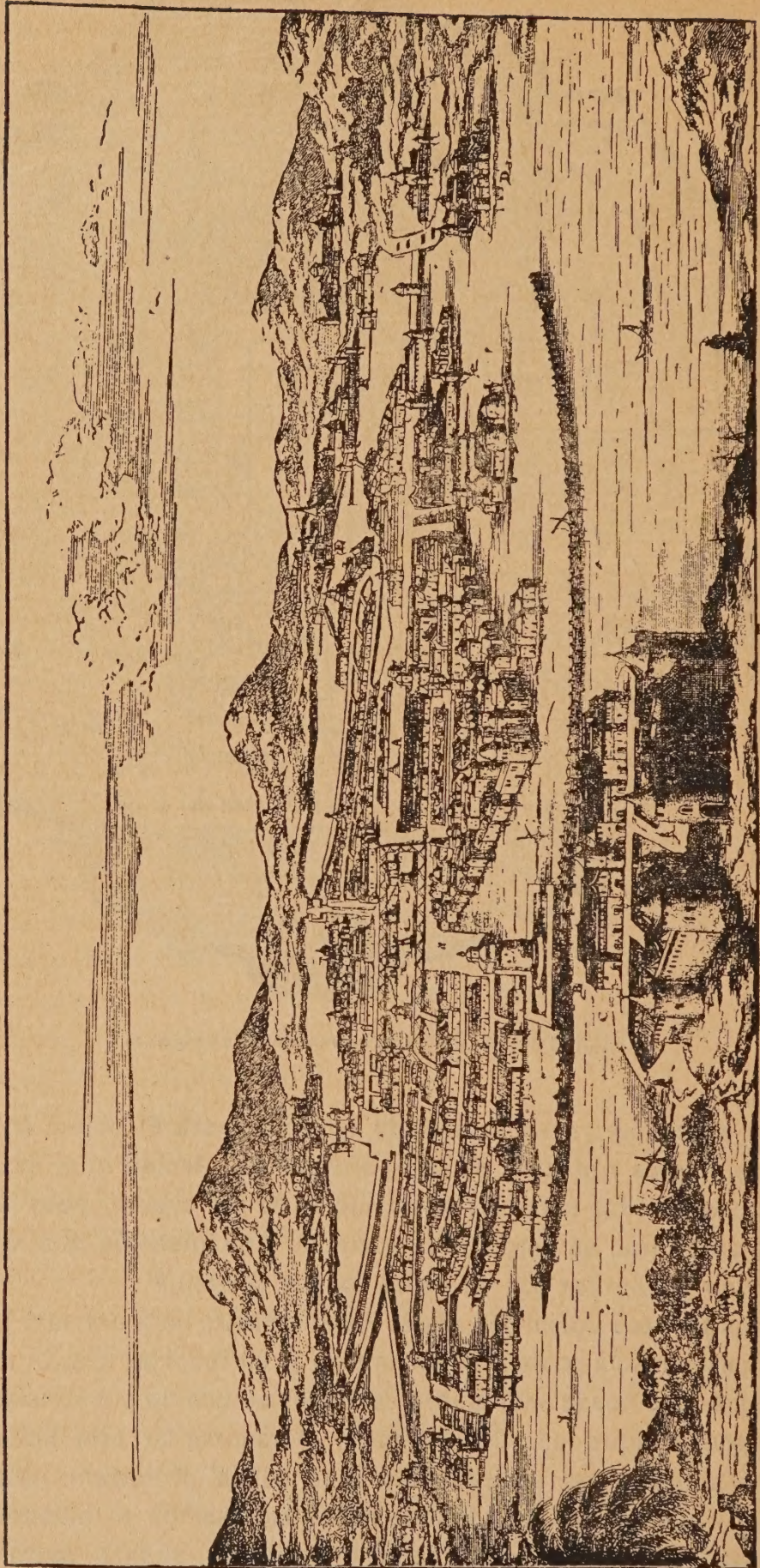
«Si estos canales se hubiesen podido conservar limpios y renovándose el agua, no hay duda que hubieran contribuido mucho a la comodidad y aseo de la ciudad, dándole la apariencia de una ciudad holandesa como Amsterdam, Harlem y otras, que todas tienen un canal con árboles en me-



La ciudad de México en la época de la conquista.

dio de las calles: pero eran demasiado estrechos para el objeto de la conducción de víveres y efectos; en una parte del año tenían muy poca agua, y arrojándose en ellos todas las inmundicias de la ciudad, pues no había carros de aseo, eran un depósito de suciedad y de infección, que hacía muy molesto vivir y transitar por las calles en que corrían.»

En los tiempos coloniales era el Ayuntamiento un poder casi omnímodo y en consecuencia podía ordenar mucho y en muchas cosas. Digamos en su abono, que desde septiembre de 1526, en una de sus ordenanzas de policía mandaba «que todos los vecinos y moradores de esta dicha ciudad (México) alimpien sus pertenencias, y no echen ni tengan muladares a su puerta, y que de aquí en adelante echen las basuras y muladares fuera de la ciudad, y no echen en las calles cosa alguna, ni agua sucia, ni cosa



La ciudad de México después de la conquista.

que mal huelo, ni cosa mortecina: So pena de tres pesos de oro, aplicados la tercera parte para las obras públicas de esta dicha ciudad, y las dos partes para el Juez que lo sentenciare y para el denunciador: con apercibimiento que cuando algo de lo susodicho se hallare, y no se pudiere averiguar quien lo hizo, ni de donde se echó, se penarán cuatro casas, las más cercanas de donde se hallase la basura o muladar.»

Algunas otras más providencias se dictaron y se procuró arreglar los caños de las calles y los vertederos de las casas, pero casi todo quedaba escrito, y sin cumplimiento. Así transcurrieron los años y los abusos y las costumbres anti-higiénicas se convirtieron en derechos que reclamaban los vecinos de la ciudad cada vez que se trataba de corregirlos.

Dada esa ligera idea de cómo quedó y se transformó México después de la conquista, me concretaré a dar a conocer cómo estaban la «Plaza Mayor y el Palacio Virreynal» a mediados del siglo XVIII, después de más de 200 años de la dominación hispana.

Las cosas permanecieron en ese estatu quo y más bien empeorando que mejorando, hasta el ingreso al gobierno de la Nueva España del LII Virrey, el Exmo. Sr. D. Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, segundo Conde de Revillagigedo, efectuado en octubre de 1789.

Para apreciar en todo su valer lo que este ilustre gobernante hizo, e primero, en pro de la higiene pública de la ciudad de México, veamos cómo esta se encontraba según lo narran testigos coetáneos.

En un *Informe* o *Carta* de D. Pascual Ignacio de Apezechea enviado en respuesta al Conde del Valle de Orizava el año 1798, después de advertirle que conocía la mayor parte de la Europa y no escasa porción de la América, y que hacía 26 años conocía a México en cuya ciudad, con interrupciones cortas, siempre había vivido, la describe así:

“Advierto que aunque he visto en la Europa, en la Provincia de Venezuela y en este Reyno, el poco aseo y limpieza de algunos pueblos que, o por falta de cultivo político, o por lo de proporciones, eran unos basureros o muladares inmundos, pero entre todos no componían otro albañal semejante a México, o porque siendo este vecindario muy numeroso y su plebeja menos limpia, la proporción son las inmundicias y escombros que por distintas líneas produce la necesidad humana y como todas éstas se quedaban sembradas y arrimadas por calles, plazas, cementerios y zahuanes: de aquí es que resultaba un lugar más propio para habitación de animales inmundos que para racionales y gente de Corte.”

“Sobre estas suciedades andaban en su preciso tráfico las gentes, los brutos y los coches aplanándolas y reduciéndolas a inficionar el ambiente que respiraban los racionales o disiparse en lodo entre tantos pies que la batían. Al cabo de mucho tiempo, y cuando por muy crecidos embaraza

ban el paso, solían quitarse de las calles o estos frecuentes muladares; pero lo que se arrojaba a los caños, allí se fermentaba y fomentaba con la incessante agrasión de vasos inmundos, produciendo fector y un aspecto en que la vista, el olfato y el gusto se mortificaban, y aún al tacto de los pies causaba una náusea intolerable, particularmente cuando calentaba el sol, y batían los coches aquellas materias introduciéndose sus pestilentes efluvios a viciar la salud común con varias enfermedades y epidemias, que minoraron considerablemente, luego que se quitó tan precisa y poderosa causa. De este modo era toda la ciudad una asquerosa cloaca: pero más particularmente lo era la Plaza Mayor. Yo viví mucho tiempo en el Portal de las Flores, y desde los balcones, y por el preciso paso pude advertir que era un confuso y desordenado laberinto de tugurios y chozas mal formadas de eseras viejas y tinglados llenos de tizne y suciedad. Casi en el medio estaban unas letrinas sin paredes ni cubiertas y por estar inservibles sus asientos por ellos y por más de treinta varas de circunferencia se veían continuamente hombres y mujeres, mirándose y dejándose ver de toda la plaza, con menos pudor y recato que si estuviesen solos, de que resultaban los aspectos más repugnantes a la limpieza de los sentidos y al pudor y honestidad del alma. No a mucha distancia estaba una asquerosísima fuente negra con lama que cría el agua y por estar descubierta la pila recibía de muchas maneras el polvo y el lodo del suelo. Allí se fregaban los platos y trastos de la comida y se lavaban las manos, la cabeza, los pies, los pañuelos y pañales de los chiquillos y ropas sucias de tantas figonerías y fruterías, y sin que yo viera jamás alguno que celara tan sucios y perniciosos desórdenes, y de esta pila se proveía mucha gente del vecindario inmediato para beber y para los demás usos domésticos. Los desperdicios de las inmundicias de las carnes que allí se vendían y de las hortalizas y frutas que no sólo aumentaban el asco y el embarazo, sino perros, vacas, burros y aun cerdos que allí había siempre, y sólo lo que estos animales comían entraba en cuenta entonces de limpia; como que, según oí decir repetidas veces, sólo se consentían con este fin.

No era esto lo peor, sino que aquel intrincado laberinto era una setina de ladrones rateros; un horrible lupanar o Sodoma donde se abrigaban y fomentaban estos torpísimos vicios; tan a su salvo, que aunque la Justicia se desvelase, casi jamás podía aprehender a los malhechores; que diestros, o en los resortes de entradas y salidas, o por fugas o por astuto disimulo escapaban.

Me acuerdo de haber oído decir a D. Vicente López, uno de los más activos y celosos ministros de la Acordada, que nunca se le había escapado ninguno, sino los que vivían o se enredaban en el obscuro caos de la Plaza Mayor de esta Corte; y casi lo mismo sucedía en todo y por todo en

su inmediata, que es la llamada del Volador. Todos estos desórdenes no perdonaban a los sagrados Cementerios; de suerte que el señor regente D. Vicente de Herrera, cuando tuvo el Gobierno de esta Nueva España, por muerte del Excelentísimo señor D. Matías de Gálvez, mandó poner de día y de noche centinelas por el Cementerio de la Santa Iglesia Metropolitana, con el fin de extirpar la inmemorial costumbre de tener aquel lugar por toda su circunferencia por cloaca común, donde aun en día claro no se avergonzaban hombres y mujeres de deponer allí sus excrementos a vista de todos, y con la misma libertad y desenvoltura que lo hacían por las calles. Quiso también aquel celosísimo y religioso señor Ministro extrañar de allí los robos, rateros y otras disoluciones sacrílegas de lascivia, que al abrigo de la obscuridad y del lugar cometían. ¿Cómo estarían las calles y plazas? ¿Qué se perpetraría en ellas y en los zahuanes, y si en éste y en los demás cementerios (sitios dedicados al religioso culto del Altísimo), se hacían estas cosas? Lo mismo digo de las calles. ¿Cómo estarían todas si las del centro de la ciudad estaban tales? No es posible traer a la memoria sin renovar la náusea, no ya aquel aspecto del Puente Quebrado, el del Hospital Real, el de San Francisco, el de Santo Domingo, el del Fierro, etc., sino de la famosa Alcaicería, muy inmediata a la Santa Iglesia Catedral, el del Puente de Palacio y el de la Plaza del Volador, por entre la cual y los cimientos del Real Palacio había una acequia de más de veinte varas de ancho que no era de agua, sino de un cieno pútrido pestilentísimo mezclado de toda suciedad, y batido incesantemente de canoas que por sobre él se arrastraban con las hortalizas y otros efectos comestibles.

(Archivo General y público de la Nación, Sección de Historia, 19, 50, foja 10 y siguientes).

Las comunidades religiosas, abonado el buen gobierno de Revillagigedo el año de 1799, añadían más detalles, y entre ellos estos:

«Que la Plazuela de Santa Catalina estaba en proporción o más o igualmente inmunda que la Plaza Mayor; que en ella se verifica la misma confusión de jacales y sombras en que podían cómodamente ocultarse los delincuentes, y que la deforme Pila que había en ella estaba notablemente desaseada y llena de asquerosas suciedades. Que generalmente hablando, todas las calles de la ciudad estaban tan sucias e inmundas que era necesario andar con sumo cuidado para no ensuciarse los pies... que de todas las casas bajas derramaban en ellas los vasos inmundos, dejando allí tiradas toda clase de porquerías y basuras; que por todas había muladares y basureros, y que en los barrios éstos eran una especie de montañas o cerros.»

Los lugares para el aseo del pueblo eran las zanjas inmundas, principalmente el «Puente de los Pipis,» como lo relata el Pensador Mexicano en su «Periquillo Sarniento.»

Los «temazcales,» supervivencia de los usos prehispánicos, y usados después de la conquista como baños de aseo, estaban contruidos en galeras y tenían en su centro bateas con agua, y a ellos ingresaban promiscuamente hombres, mujeres y niños. Ya se deja entender las inmoralidades y otros excesos que allí ocurrirían.

Si a todo esto se agrega la costumbre de inhumar los cadáveres dentro de las iglesias y en sus cementerios adyacentes, cualquiera que fuese la causa de su defunción, y el vender en los «puestos,» al aire libre, y aun en las tiendas las ropas de los muertos, tanto prendas de vestuario, como de cama, sucias aún por secreciones, excreciones y medicinas, se tendrá una idea de lo que en materia de higiene pública se observaba en aquellos tiempos en la «Ciudad de los Palacios »

Sedano en sus «Noticias de México» nos detalla estas horrruras así:

PLAZA MAYOR.—Esta plaza, cuando estaba el mercado, ella era muy fea y de vista muy desagradable. Encima de los techados de tejamanil había penazos de petate, sombreros y zapatos viejos y otros harapos que echaban sobre ellos.

Lo desigual del empedrado, el lodo en tiempo de lluvias, los caños que atravesaban, los montones de basura, excrementos de gente ordinaria y muchachos, cáscaras y otros estorbos la hacían de difícil andadura. Había un beque o secretas que despedía un intolerable hedor, que por lo sucio de los tablones de su asiento, hombres y mujeres hacían su necesidad trepados en cuclillas con las ropas levantadas, a vista de las demás gentes, sin pudor ni vergüenza, y era demasiada la indecencia y deshonestidad. Cerca del beque se vendía en puestos carne cocida, y de ellos al beque andaban las moscas. De noche se quedaban a dormir los puesteros debajo de los jacales, y allí se albergaban muchos perros que se alborotaban, y a más del ruido que hacían se avalanzaban a la gente que se acercaba. Todo esto es cierto y verdad; de que son testigos todos los habitantes de esta gran ciudad.

Al incomparable celo del Exmo. Sr. Conde de Revillagigedo se debe haberse remediado tanto desorden y porquería, haciendo mudar el mercado a la plaza del Volador.

PALACIO REAL.—En el gobierno del Exmo. Sr. Virrey Conde de Revillagigedo, se compuso y renovó el palacio real de esta ciudad por dentro y por fuera, hasta lo que es oficinas y tribunales y oficio; se quitó una fuente que había en el patio principal con un caballo de bronce que echaba el agua, y se hizo en el mismo lugar la que ahora está. Este palacio anteriormente era una honrada casa de vecindad; había dentro de él cuartos de habitación de puesteros de la plaza, bodegas de guardar frutas y otros comestibles, fonda y vinatería que llamaban «La Botillería,» truco, panadería

con amasijos, almuercerías donde se vendía pulque públicamente y de secreto, chinguirito, juego de naipes público en el cuerpo de guardia, y otro donde llamaban el Parque, juego de boliche, montones de basura y muladares. En los corredores de arriba, donde están los bancos de los procuradores y oficios de cámara, se ensuciaban de noche y escribían con carbón apodos y pintaban objetos de cosas torpes, se quedaban impunemente gentes de noche a pasar allí en los escondrijos que había, por lo que algunos capitanes de la guardia, celosos, hacían andar registrando los rincones. Las puertas de la plaza del Volador y la que salía al Parque, eran francas todo el día y la mayor parte de la noche. La puerta principal unas veces se cerraba de noche, y las más no, quedándose abierta. Los ociosos y ociosas que andaban de noche en fandangos y diversiones, iban a rematar a la botillería de Palacio a comer, beber y embriagarse. Los desórdenes que allí se veían de día y de noche no son fáciles de decir; yo vi muchos cuando entraba de guardia siendo soldado del comercio.»

Las calles de la ciudad en nada cedían en desaseo a la plaza mayor, lo que también atestigua el buen Sedano con estas palabras:

«Las calles de esta ciudad antes del año de 1790 eran unos muladares todas ellas, aún las más principales. En cada esquina había un grande montón de basura. Con toda libertad, a cualquiera hora del día, se arrojaban a la calle y a los caños los vasos de inmundicia, la basura, estiércol, caballos y perros muertos. No era respetada aún la Santa Iglesia Catedral, ensuciándose en sus paredes: la cerca de su cementerio (que era alta) por dentro y fuera, estaba cercada de inmundicia en mucha cantidad, despidiendo intolerable mal olor, y cada semana se arrollaba con palas haciendo montones, y se quitaban con carros. Cualquiera, a cualquiera hora, sin respeto de la publicidad de la gente, se ensuciaba en la calle o donde quería.

Los empedrados eran malos y desiguales, unos altos y otros bajos, y por esto y las basuras, se encharcaba el agua de los caños y hacían las calles de difícil y molesto tránsito. En tiempo de lluvias era tal el lodo, mezclado con la inmundicia, que no es fácil explicarlo, y cuando de tarde en tarde se quitaba un montón de basura, al removerlo salía un vapor pestífero a «modo de humo.» No se verificaba limpiar una calle ni por una hora, porque aún no bien se quitaba un montón de basura luego luego empezaban a echar más en el mismo lugar.

A la puerta de cada casa de vecindad era indispensable un montón de basura. Por los barrios eran tales y tan grandes, que a uno de ellos que estaba hacia Necatitlán le llamaban «Cerro Gordo.» En tiempo del gobierno del Exmo. Sr. Marqués de Croix, algo se enmendó; pero luego se volvió la porquería a lo mismo que antes, hasta que el Exmo. Sr. Conde de Revillagigedo, estimulado de su mucha limpieza e infatigable celo, estableció la

limpia de las calles, y los carros para recoger las basuras y los excrementos sin arrojarlos a las calles, por bando de 2 de septiembhre de 1790, con lo que vino la ciudad a tener tan diferente aspecto que parece otra. Este beneficio debe México, al celo y vigilancia del incomparable y nunca bien alabado Conde de Revillagigedo.»

Sintetiza la noticia de toda esta inmundicia el Virrey Revillagigedo en la «Instrucción Secreta,» que dejó a su sucesor, el Marqués de Branciforte, así:

«244.—Desaseo general y falta de limpieza que había. Debe haber contribuido mucho al origen de las pestes.—No debe haber contribuido menos a las pestes experimentadas en estos Reinos, el desaseo y suciedad con que casi generalmente vivían, así en lo interior de sus casas como en las Calles y Plazas Públicas, que estaban hechos otros tantos muladares inmundos, sin excluir la que está enfrente del Palacio en la cual había una multitud de barracas o jacales que formaban un aduar, hechas sin orden ni método alguno, que cada uno fabricaba a su idea, y albergaban así de día como de noche un sinnúmero de gentes de ambos sexos, cometiendo impunemente excesos de varias clases, por ser imposible celar lo que pasaba en aquel desordenado y confuso recinto.

245.—Desaseo aun en la misma Plaza de esta Capital.—A todo esto era consiguiente el que hubiese el mayor desaseo, pues aunque había en el medio un grandísimo lugar común, no todos acudían a servirse de él, ni era capaz de contener tanta inmundicia como producía la Plaza.

246.—Exceso a que había llegado la falta de limpieza en México, y Providencias para establecer la Policía en esta parte.—El abandono de la Policía en punto de limpieza en México, ha llegado al extremo de que se permitiesen andar libres por las calles las vacas, cerdos y otros animales. Todo esto se halla ya remediado, habiéndose establecido los Mercados Públicos de la Plaza del Volador, Santa Catalina y el Factor, habiéndose introducido la limpieza de calles, y los carros que recogen la inmundicia para que no las vaciasen en ellas desde las casas, y finalmente, habiéndose prohibido por Bando el que anduviesen las vacas por las calles y lo mismo los cerdos, extendiéndose tocante a estos, la prohibición aun en los contornos de México.

247.—Falta aún el aseo interior.—El aseo interior de las casas no ha adelantado tanto a proporción como el exterior de las calles, como que depende de cada individuo en particular, pero no obstante, se advierte y conoce mucha mejora, a la cual habrá contribuido no poco el aseo personal de las clases ínfimas de la plebe.

248.—Desnudez de la plebe en esta Capital.—Andaba ésta casi enteramente desnuda, contentándose la mayor parte de los individuos

de esta clase con ir envueltos en una manta o sábana que les servía de traje, de cama y para todos los usos que lo habían de menester.

249.—Ordenes pasadas a las Direcciones de Rentas, para corregir este punto en sus operarios.—Para remediar este abandono tan digno de toda atención, pasé orden con fecha de 20 de marzo de 90, a la Dirección del Tabaco y Superintendente de la Casa de Moneda, para que dispusiesen que se vistiesen los operarios de ambas clases, descontándoles para ello alguna parte de su jornal.

250.—Dificultades que ofreció el método propuesto que después se reformó.—Ofreció dificultades este método en la Dirección del Tabaco, y habiéndolas representado, y propuesto como más fácil el que se les diese el término de cuatro meses para que pudiesen vestirse del modo que proponían: convine en ello, y con fecha de 28 de abril de 90, les libré orden para que fijasen a la puerta de la Fábrica, carteles en cada una de las Oficinas de los Hombres, haciéndoles saber que pasado el término de los cuatro meses no serían admitidos a trabajar como no fuesen vestidos.

251.—Otras providencias sobre el asunto, y ventajas que se han logrado con ellas.—Con esto se consiguió vestir en corto tiempo el número de diez mil personas, que estimularon con su ejemplo a otras a que hiciesen lo mismo. Prohibióse también a los desnudos la entrada en las funciones públicas, en los paseos y en la Iglesia Catedral en los días solemnes, con lo cual, y otras providencias semejantes, como fué la de encargar que en las obras públicas no se admitiesen sino a los operarios que estuviesen vestidos; se ha logrado desterrar ya la desnudez en la mayor parte de esta Capital, y a imitación se asegura que en otros pueblos del Reino ha sucedido lo mismo, como era regular y aun preciso, pues todas ellas siguen el ejemplo de la Capital.

252.—Frecuente uso de los baños.—El frecuente uso de los baños ha suplido aquí en alguna parte la falta de lienzo y de ropa interior, y la sequedad del clima los hace también precisos con mucha frecuencia.

253.—Desarreglo que había en México en los Baños y Temascales. Visita de ellos y Reglamento que se formó y circuló.—Había en México un gran número de casas de Baños y Temascales, que son una especie de estufas que usan los indios desde el tiempo de la Gentilidad. Había también en este Ramo el mismo desorden y desarreglo que en casi todos los demás de Policía, y noticioso yo de ello, comisioné al Corregidor de esta Capital para que hiciese una visita a todos ellos, y tomando cabal instrucción en el asunto me diese cuenta con las resultas, y formase al mismo tiempo un Reglamento para que en lo sucesivo pudiese ordenarse y arreglarse este importante punto de la Policía. Verifícolo con efecto y en Agosto de 93, se imprimió el Reglamento de que se pasaron

los correspondientes ejemplares a la Real Audiencia, Sala del Crimen. Fiscales, Asesor General, Jueces Mayores y a la Junta de Policía."

A mucho es acreedora, de México, la memoria del eximio Revillagigedo, que a más de sus numerosos servicios expresó su afecto para los mexicanos en el período final de su Instrucción Secreta con estas palabras:

"Deseo a V. E. (Branciforte a quien entregó el Virreynato) todas las felicidades que no dudo merecerán sus esmeros y aciertos en el Gobierno de estos reinos, dignos en realidad "de que mejore la infeliz situación y atrasos en que han vivido por siglos enteros" unos vasallos tan fieles a su soberano, tan obedientes a sus jefes, y tan agradecidos a lo que éstos hacen en su beneficio, como irá experimentando V. Exca."

No puedo tolerar la pulcritud e ilustración del nuevo Virrey esos horrores y procedió con mano firme a extirparlos. El citado *Informe* del Sr. de Apezechea nos relata acerca del particular, lo siguiente:

«Llegó—dice el Sr. D. Pascual Ignacio de Apezechea en el documento antes copiado—el felicísimo día 19 de Octubre de mil setecientos ochenta y nueve, en que tomó las riendas de este superior Gobierno el Exmo. señor Conde de Revillagigedo, y a pocos días de haber comenzado a gobernar desapareció aquella horrible figura de México, y con infinito consuelo y gloria de los buenos, se vió aparecer como por una especie de nueva creación, una de las más brillantes y lucidas cortes del mundo. Quedaron respetados sus cementerios y su palacio; purificado el ambiente de la Corte: sus plazas y calles, barridas dos veces a la semana y regadas todos los días con agua limpia; quedó la Plaza Mayor exquisitamente empedrada y enlosada, y con artificioso descenso para dirigir las aguas llovidas por cinco atargeas subterráneas, al desagüe general: quedó hermoseada con cuatro fuentes cerradas en que ni se desperdician ni reciben impurezas sus aguas, y quedó por fin convertida en una respetuosa Plaza de Armas, tan necesaria como desconocida en esta corte.

La Plaza del Volador es ya un ameno y delicioso Jardín, en que con el mayor aseo y orden se brindan las frutas, hortalizas y flores, excitándose el apetito y el gusto a vista de la limpieza en que se estableció y continúa. En el medio se le hizo una fuente (que no tenía) de la cual por el conducto de unas llaves de bronce, se toma el agua fresca, limpia y abundante. Las Plazas de Santa Catalina, del Factor y de Jesús de Nazareno, tienen la misma armonía, limpieza y comodidad. Y la de la Aduana quedó con el desembarazo que en aquella Real Oficina, se necesita; y quedó convertida en la más hermosa calle la Acequia de Palacio. A las antiguas de dentro de la ciudad, que no eran sino unas zanjas mal formadas en la tierra, y siempre ensolvadas con todo género de basuras y tiestos, se han substituido por en medio de las calles atargeas de cal y canto, firme, de casi

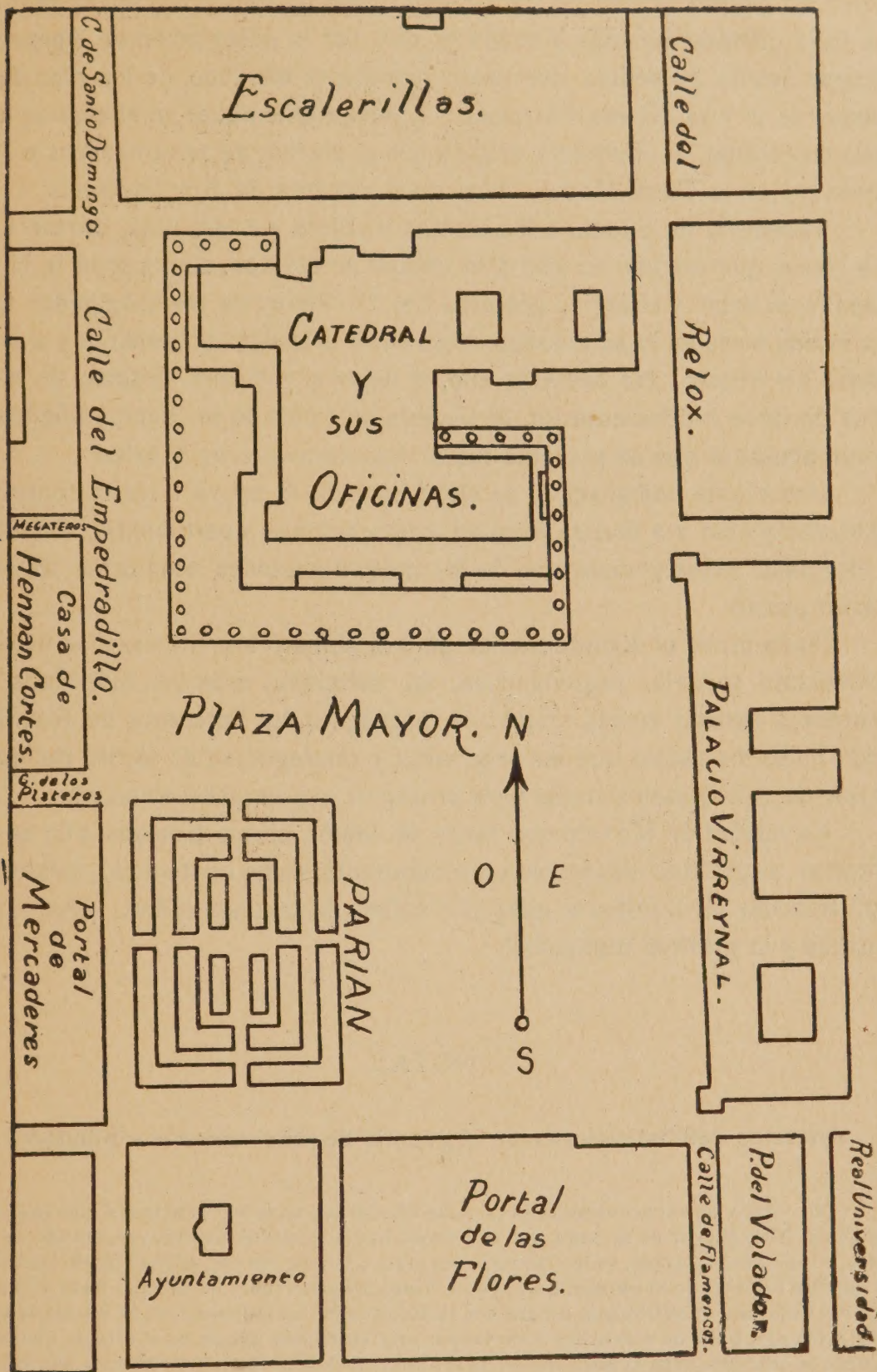
una vara de profundidad y media de ancho, cubiertas con piedras largas, gruesas y bien labradas; y estas atargeas tienen su nivel y dirección a las acequias antiguas y circunvecinas; y por este medio logra México más expedito y perpetuo desagüe. Cuando los aguaceros son regulares, aunque duren largo tiempo, no se detiene la agua en las calles, y sólo se verifica esto por algún corto espacio de tiempo, cuando son extraordinariamente grandes: y esto consiste en que aquellas acequias, a donde se dirigen las atargeas, por estar siempre ensolvadas, llevan sus aguas, si no con nivel superior, a lo menos igual al de las embocaduras de las atargeas; y por esto no hacen el llamamiento correspondiente ni en todas las calles se encharca el agua: sino en aquellas en que los maestros o albañiles perdieron el nivel que se intentaba y se les mandó llevar; y aún estas calles no duran tanto tiempo anegadas, como sucedía en muchas más antiguamente y cuando no había atargeas precisamente porque ahora está más rectificado el nivel que se le dió al suelo: que lo estaba antes, para lo que fué necesario subir considerablemente el piso en algunas calles, y bajarlo en otras.

En fin, el invento de estas atargeas es tan útil, que no sólo lo ha celebrado todo el público, sino que (según he sabido) muchas comunidades y personas particulares han prestado gustosos su dinero por ver sus calles con esta comodidad y adorno. Yo, de parte de esta Real Oficina de mi cargo, unido con los señores Fagoagas, vecinos de ella, pedimos al Excmo. señor Conde de Revillagigedo, mandare hacer en esta calle igual obra; y para ello, prestamos siete mil pesos a la Junta de Policía de la Nobilísima Ciudad; y la resulta ha sido que siendo antes este barrio lóbrego y desamparado a causa de la pestilente acequia e incomodidad que causaba, hoy están ocupadas todas las casas y la calle limpia y despejada, y se confirma esta utilidad cuando sé que el actual Superior Gobierno continúa, por lo que falta en la Ciudad, concluyendo la obra de las atargeas, como lo he visto desde el Puente de Santo Domingo hasta el Colegio del Padre Bolea, y por la calle de Monserrate. Todas las basuras de las casas y de las calles salen desde entonces diariamente, a las siete de la mañana, en carretones a arrojarse en los extramuros; y otros carretones nocturnos (consultando a quitar de los ojos del público tan asqueroso aspecto,) sacan todas las inmundicias que antes se derramaban en medio de las calles. Quedan éstas limpias y aún sin tierra de que se pueda levantar el polvo. Con el utilísimo invento de las banquetas que por uno y otro lado de la calle hacen tránsito por sobre las losas planas, y se logra, por estar levantado casi una cuarta más que el suelo de la calle, andar aunque llueva, sin meterse en el agua, y libertarse de las bestias y de los coches, que se unían antes a la pared, incomodando el paso, lastimando y aun quitando la vida a algunas personas.

Se alumbran de noche todas las calles con faroles de vidrio fino, alter-

nándose de uno y otro lado. Servidos por muchos hombres, que llaman serenos, quienes a más de esto tienen el instituto de celar la embriaguez, los litigios, robos, tratos de hombres con mujeres y fugas sospechosas; dispuestos a ocurrir a todo género de necesidades a que sean llamados, bien en asalto de ladrones en las casas, o por la calle; sea para ir a la botica por un médico, por el confesor o por la partera; para registrar a los que se sospecha lleven algo hurtado; y para acompañar al hombre, a la mujer o al niño que tienen que andar varias calles; y hoy pueden hacerlo con toda seguridad. Se refrenó la embriaguez en las pulquerías y tabernas, y la lascivia en las Almuercerías, fondas y baños. El perjuiciosísimo origen de muchos males, que es el juego, fué eficaz y constantemente perseguido por el Exmo. señor Conde hasta que, o se exterminó del todo, o si quedó alguna reliquia, se escondió, y no osaba parecer. Y en consecuencia de haberse contenido estas tres clases de excesos, se minoró también el de los homicidios. Pero esto es cansarse y prolongar demasiado esta carta; basta decir con la verdad más manifiesta, que vimos enteramente convertido a México, así en lo moral, como en lo político, de la Sodoma de los vicios, en la corte del ejemplo y edificación: de pantanal o estanque pútrido de toda inmundicia, en la ciudad más hermosa, pura y útil a la vida y comodidad humana.»

Después de tan acertada providencia, la Plaza Mayor quedó en la forma que muestra el adjunto croquis.



Plaza Mayor de la Ciudad de México después de la reforma que le hizo el Virrey 2º
Conde de Revillagigedo.

Una pintura al óleo del siglo XVIII que el adjunto fotografado reproduce, hará comprender más y mejor lo que por la descripción de Apezechea consta. Según he podido averiguar, representa ella uno de los días de las fiestas de la jura del rey Fernando VI, justamente aquel en el cual se inauguró su estatua, monumento erigido por el gremio de pasamaneros e hiladores (1) en la Plaza Mayor, antes de la reforma de Revillagigedo.

Excedería en mucho a los límites y objeto de esta nota, narrar todos los bienes que produjo no sólo a la ciudad de México, sino a toda la Nueva España, el sabio y enérgico gobierno del 2º Virrey de Revillagigedo: todas las clases sociales lo aclamaban como sabio e íntegro gobernante y a la vez Padre del Pueblo. No obstante ello, al dejar el gobierno, después de casi 5 años de labor tan benemérita, al hacerle su juicio de residencia pública, el único acusador que se presentó fué el Ayuntamiento de México.

Una ola de indignación se elevó en toda la nueva España contra tan censurable acto y a porfía, gremios, corporaciones y particulares, defendían y elogiaban todas y cada una de las determinaciones emanadas de aquel ilustre prócer.

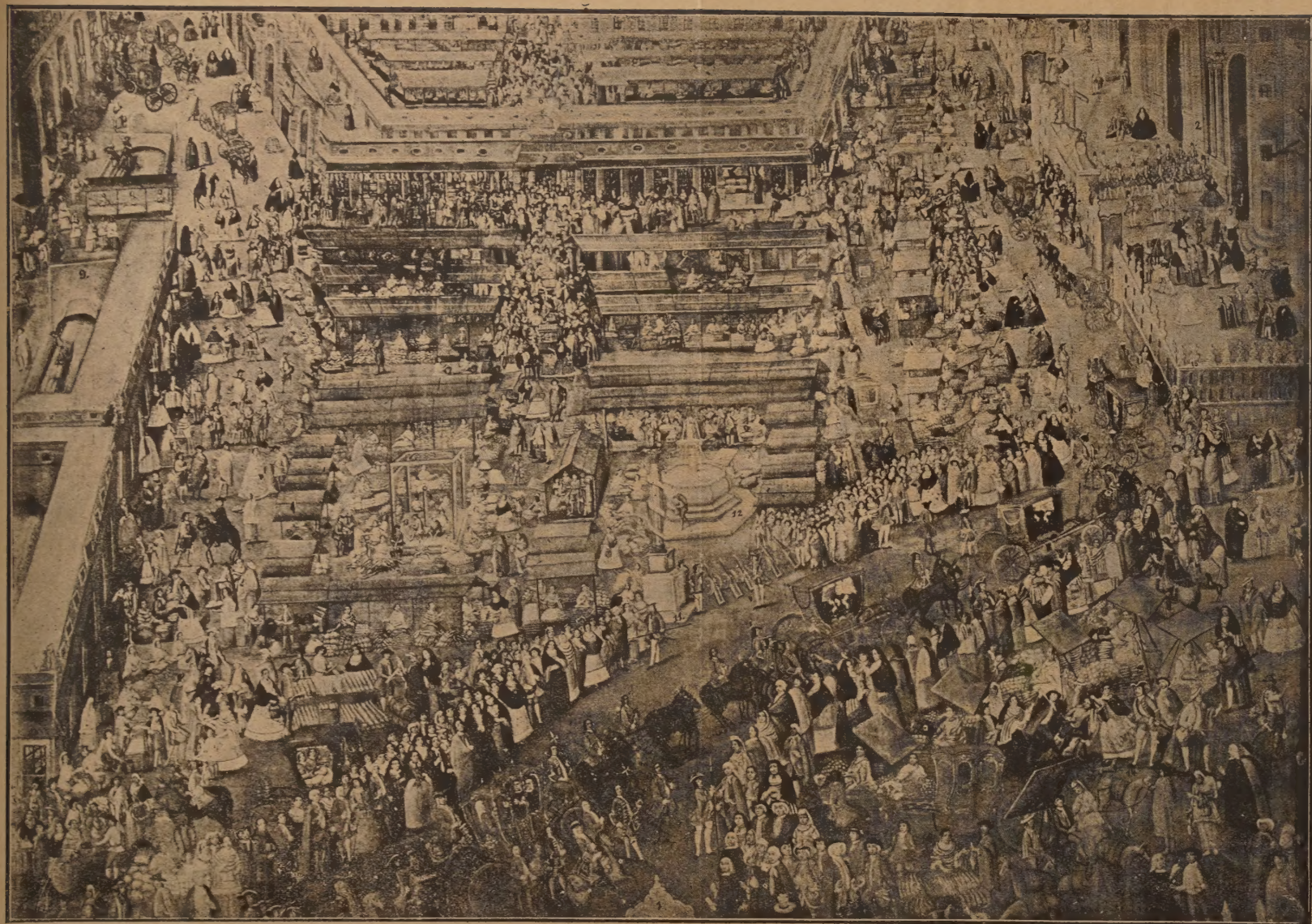
Nada probó el Ayuntamiento, pero sí acibaró los últimos días de aquel gobernante modelo, resolviéndose, en definitiva, que los individuos que acordaron aquella injusta acusación, pagasen a los herederos de Revillagigedo todos los gastos que les originaron y reintegrasen al tesoro municipal lo que de él hubiesen tomado para proseguir ese vergonzoso asunto.

La ciudad de México que tanto le debió, no ha pensado aún en demostrar su gratitud elevándole un monumento; se ha contentado, solamente, con imponer su nombre a unas dos calles de segundo orden. ¡¡Así son la justicia y la gratitud humanas!!

NOTAS.

Amantes demostraciones de el gremio de pasamaneros e hiladores.

(1) «Para que sobreviese la suya a las edades, apostando duraciones con las peñas «quiso el Arte Mayor de la Seda, que el Festejo que a todos los Gremios se mandó de pulidos, e ingeniosos Carros, se le comutase en otro, que por mayor arbitraba su lealtad. Y «obtenida licencia de la permuta, fijó en la Plaza Mayor, frente de el Real Palacio una «guinda Columna de solidísima piedra con la Estatua de Su Majestad de la misma materia. «La Columna tiene de elevación doce varas: estriva en una grada de el alto de una zesma «sobre la cual descansa el Sota-banco de altitud con escalón basa y tocadura, dos varas, y «tercia, y en sus cuatro frentes gravadas otras tantas Inscripciones. Sobre él estriva el «pedestal con su basa, y capitel en altura de dos varas, y luego la Columna, en cuyos lados «están esculpidas las Armas de su Mag. y las de esta Nobilísima Ciudad. La Estatua tiene «dos varas, y está pintada de púrpura con perfiles de oro y la Columna desde su basa, y «capitel hasta el arquitrave de oro fino con los fondos azules: y en su remate hay cuatro «Geroglíficos de medio relieve, matizados de colores, y perfiles de oro.»



PLAZA MAYOR DE LA CIUDAD DE MEXICO. (1747).

(Pág 304 y 305 de «Sol en León» solemnes aplausos conque el Rey.... D. Fernando VI.... fué celebrado el día 11 de Febrero del año de 1747. En que se proclamó su Magestad.... por la.... Ciudad de México,.... escribe su relación el P. Joseph Mariano de Abarca de la Cía. de Jesús.....» México, 1748.)

Tal acontecimiento se verificó el día 5 de diciembre de 1747. (*)

(*) Los números indican:

- 1—Palacio Virreynal.
- 2—Santa Iglesia Catedral.
- 3—Calle de los Plateros.
- 4—Portal de los Mercaderes.
- 5—Cajones exteriores del Parián
- 6—El Parián.
- 7—Tiendas.
- 8—Casa de Cabildo.
- 9—Puente de Palacio con la acequia y cajones adyacentes.
- 10—Carroza del Exmo. Sr. Virrey.
- 11—El Pirami o monumento de Fernando VI.
- 12—Fuente.
- 13—Horca y picota.
- 14—Un episodio de latrocinio.
- 15—Cercado del cementerio y de la Catedral.
- 16—Vendedora de carne rodeada de perros y burros.

Los alabarderos hacen guardia al Virrey y a su comitiva, mantienen formando vaya a los curiosos; los alguaciles montados en sus mulas recorren toda la plaza para guardar el orden. Sujetos de todas clases y condiciones discurren por la plaza y en el cementerio de la catedral, y en la puerta de la izquierda se mira la guardia formada, los maceros, y varias personas eclesiásticos y seculares esperando la llegada de su Excia.

Con excepción del edificio del Parián, todos los puestos son barracas de madera abiertas, tejadillos o sombra de petate; las vendimias al aire libre y colocadas sobre el pavimento se miran por todo el ámbito de la plaza. Frailes, clérigos e indios dominan en ese abigarrado conjunto.



Rev. H. G. G. G.
D

